

EL TALLER

Órgano Oficial de la Gran Logia Simbólica Independiente Española

Á la Gloria del Gran Arquitecto del Universo

S. A. P.

SUMARIO.

Sección oficial.—La Fraternidad en las relaciones de la vida.—El Jesuitismo por sus doctrinas (IX).—Los terremotos (*continuación*).—Una cuestión vital.—Bibliografía masónica española, por el h. E. Contreras.—Anuncios.—Cuentas.

SECCION OFICIAL

Nos Braulio Ruiz, Gran Maestro de la Gran Logia Simbólica Independiente Española

Sabed: Que la Gran Comisión de Administración ha decretado y la Gran Comisión Ejecutiva promulga lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan aprobadas las cuentas del periódico oficial EL TALLER, correspondientes al primer semestre del año 1885, presentadas por el hermano Wellington, administrador del mismo.

Art. 2.º Publíquense las expresadas cuentas para conocimiento de todos.

Sevilla 31 de Julio de 1885.

El Gran Maestro,

B. Ruiz.

El Secretario de la Gran Comisión Ejecutiva,

R. Badia.

Secretaría del despacho de la GRAN LOGIA SIMBOLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

El material recibido por esta Secretaría, hasta el día 11 del corriente, ha sido distribuido en la forma siguiente:

Á la Gran Comisión de Gobierno.

Una circular del Gran Maestro de la Gran Logia Unida de Colon á Isla de Cuba; partici-

pando el fallecimiento del que fué Gran Secretario el Respetable y querido hermano Aurelio Almeida, así como el nombramiento para aquel puesto del Venerable hermano José F. Pellon. Una comunicación de la Logia bajo dispensa, Luz de Temelloso, participando su instalación.

Á la Gran Comisión de Administración.

Una comunicación de la Honorable Logia Provincial de Cadiz, participando las alteraciones ocurridas, en el anterior trimestre, en las Logias de su inmediata jurisdicción. Una ídem en la Logia, bajo dispensa, Luz y Trabajo, en Huelva, participando las alteraciones ocurridas en su cuadro.

Lo que se publica para conocimiento de los Cuerpos interesados.

Sevilla 12 de Agosto de 1885.

El Secretario del Despacho,

E. Miniet.

LA FRATERNIDAD.

EN LAS RELACIONES DE LA VIDA.

Una de las tres grandes palabras que constituyen el lema de nuestra Institución es la Fraternidad:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

En nuestro saludo acostumbramos usar la siguiente fórmula—SALUD Y FRATERNIDAD.

Nuestra Institución se llama por autonomía LA FRATERNIDAD y los masones nos consideramos y llamamos enfáticamente HERMANOS, como un título que simboliza las relaciones que entre unos y otros deben existir.

Las leyes constitucionales como litúrgicas de la Orden, tienden todas, no ya á establecer y declarar esa condición como esencial al carácter de Masones, sino á hacer más fuerte ese lazo, como que sin él nuestra situación dentro de aquella sería inexplicable. Un mason que no

mire á los demás como sus hermanos, no es tal mason, por más que ostente títulos de pertenencia á la Masonería.

Pero la FRATERNIDAD no es un nombre vano; tanto equivaldría á suponer que nuestra grande y noble Institución estaba fundada en palabras vacías de sentido práctico y proseguía ideales de pura fantasía.

No es así por cierto; y si desgraciadamente para algunos el nombre de hermano no es más que un título decorativo, que no responde á una realidad en la vida, nuestras leyes en su letra y en su espíritu no autorizan semejante interpretación.

Muy al contrario; la FRATERNIDAD masónica crea derechos positivos y establece deberes reales, como que todos los derechos y deberes de los masones, consignados en las leyes que juramos acatar y cumplir, se fundan en la condición de hermanos, que libremente adquirimos al ingresar en una Logia.

Cuales sean esos derechos y cuales esos deberes, no necesitamos decirlo aquí, pues todos deben saberlos, puesto que escritos están en la ley básica de la jurisdicción á que cada uno pertenece.

Ciertamente que en esta parte no se han descuidado nuestros legisladores; aunque por desgracia muchos masones se olvidan no ya de cumplir, sino de estudiar el libro de las leyes sobre que pusieron su mano al prestar el juramento que les hizo miembros de la Institución.

Cualquiera diría despues de esto que, con raras excepciones, los deberes de la FRATERNIDAD son cumplidamente observados por todos, no solo dentro de la Logia, que sería lo ménos, sino en las demás relaciones de la vida profana, que es lo más.

Porque no solo hemos de tratarnos como hermanos cuando nos reunimos en el templo para llevar á cabo nuestros trabajos oficiales, sino fuera, en la casa, en la calle, en el taller, en los círculos que frecuentamos, donde quiera que la necesidad, el deber ó la distracción nos reúna.

Y no sucede así; porque no falta entre los masones quien presumiendo de aristócrata, se desdeña de tratar y aún saludar á los que estre-

cha con efusión la mano en el templo; hay masones que huyen de la sociedad de aquellos á quienes por deber llaman hermanos, y hay, en fin, quien no se acuerda de la Masonería, ni de la FRATERNIDAD, sino cuando asiste á los trabajos de su Logia.

Esto es un mal; porque si solo somos hermanos *por fórmula*, la Masonería no podrá realizar entre nosotros sus elevados fines, y mejor sería que los que de tal manera obran, se retirasen de una asociación con cuyas tendencias no están conformes.

Precisamente el trato social no solo es una excelente prueba de FRATERNIDAD, sino un medio poderoso para estrechar los lazos, que nos unen, acrecentar el amor de unos á otros y acostumbrar á mirarnos como miembros de una misma familia.

Está probado por la experiencia de todos los días, que aquellos que huyen del roce de sus hermanos, que no se reúnen con ellos, que no les tratan fuera del templo, no pueden tener hacia ellos aquellas simpatías, aquel cariño que engendra el trato continuo, familiar en la vida social.

Tanto más hermanos cuanto más amigos, y tanto más amigos cuanto más nos tratemos.

Porque esto además tiene otra ventaja; la de que nos conozcamos mejor unos á otros, y podamos así fiarnos de los que hemos probado que son buenos y fieles, y librarnos de los que nuestro trato nos ha dado á conocer como poco dignos de nuestra amistad.

Otra ventaja hay en esto, á saber; que con el trato continuo de unos con otros, se fortalece más el amor á la Institución, dándole su verdadero carácter práctico, que consiste en unir á sus miembros en estrecho lazo para su mutua ayuda en las necesidades de la vida y en la lucha contra todo lo que se oponga al progreso y bienestar de la humanidad.

Estas ventajas no se consiguen en la Logia, donde no todos asisten, donde el tiempo es breve, donde nos tratamos ligeramente y de tarde en tarde, donde no podemos conocernos y donde nuestro trato está sujeto á fórmulas de ritual, muy buenas para mantener el orden en nuestras asambleas, pero ineficaces por sí solas para fomentar la FRATERNIDAD.

No nos contentemos, pues, con ser y llamar-

nos hermanos en la Logia; seámoslo realmente en la vida social y así cumpliremos como buenos lo que la Institución demanda de nosotros.

M. A. L.

El Jesuitismo juzgado por sus doctrinas.

IX.

Pedagogía de la orden.

Atendidas las aspiraciones de la Compañía, compréndese que no podía dejar de ser también una corporación docente. Sus adeptos han cantado en todos los tonos las excelencias de su plan de estudio; pero éste no podía menos do adolecer, como todos sus planes, de vicios originarios, como vamos á tener ocasión de evidenciar.

En un principio, según parece, quisieron abarcar la enseñanza en toda su extensión, y sin circunscribirla á ninguna clase social. Pero luego cambiaron de opinión. Por una parte sabían los jesuitas que su influencia con la Iglesia les aseguraba la dirección espíritu del pueblo, y por otra parte no eran ya partidarios de la instrucción popular, la que podía ser un óbice para dicha dirección y una amenaza contra la causa del orden. Sus *Reglas comunes* contienen un precepto que nos revela el pensamiento de la Compañía en esta materia: „Ninguno de los que se ocupan en el servicio doméstico deberá saber leer y escribir, ó si ya sabe, aprender más, pues le basta servir en toda humildad y sencillez á nuestro Maestro.”

La Orden se consagró con todas sus fuerzas á la enseñanza superior, á educar los jóvenes de familias ricas y de talento, que aspiraban á una posición influyente en la Iglesia ó en el Estado, atrayéndose mayormente á los que podían ser útiles á la Compañía. La dirección de los seminarios conciliares concentró igualmente en sus manos la dirección del clero. La influencia, pues, de la Orden tenía que ser temible.

En aquella época en que el espíritu de libre examen comenzaba á despertarse en las escuelas, era de esperar que el Jesuitismo creara, como punto de partida, un método de enseñanza que marcara algún progreso. Pero nada de eso. Aferrados á las tradiciones de la Edad Media, adoptaron el sistema rutinario y formalista de la escolástica, reducido todo á ejercicios de memoria sin desarrollar la inteligencia, y con exclusión de las ciencias naturales é históricas. La soberana tendencia de su pedagogía era conser-

var la adhesión, no á la religión, sino á la Iglesia romana; á este fin único estaba subordinado todo su plan de estudios. Mandada examinar su *Ratio studiorum* por Felipe II, fué declarada „peligrosa, temeraria y llena de presunción.” Sin embargo, introducidas en ella algunas modificaciones de detalle, ha sido siempre la pauta de la enseñanza jesuítica hasta nuestros días.

En la imposibilidad de hacer una reseña de este plan, diremos únicamente que lo más raro y singular es, que estando saturada la pedagogía jesuítica de ejercicios de devoción, sólo se dedique á la enseñanza de religión un día á la semana y aun esta clase no excede de una hora. Respecto al sistema de castigos se previene escasearlos; pero cuando sea necesario apelar al golpe, el vapuleo debe correr á cargo de un corrector, el cual no debe ser individuo de la Orden. Hay exención de castigo, siempre que el delincuente demuestre que otro camarada suyo cometió la misma falta en el mismo día. Semejante disposición tendía á fomentar la denuncia y romper todo lazo de amistad entre los educandos.

La educación y la enseñanza se inspiran en un espíritu estrictamente eclesiástico, como recepción frecuente de sacramentos, asistencia diaria á la misa, devoción á María y sobre todo en preservar de la menor duda la ortodoxia. A este efecto el prefecto de estudios no permitía á los estudiantes de filosofía y de teología sino ciertos libros aprobados por el rector. El armario donde está encerrada toda la ponzoña de los libros heréticos se llama el infierno.

La *Ratio* prescribe algunas medidas, que no tienen otro objeto que el de impedir el libre vuelo de las inteligencias y retenerlas cautivas bajo la obediencia. Entre otras están las siguientes: „que nadie introduzca cuestiones nuevas, ni aun sobre puntos que interesen directamente la fé ó á la piedad, ni refutar cualquiera opinión falsa ó inútil.” El profesor de la Escritura Santa debe, entre otras prescripciones, „defender el sentido de un pasaje escriturario siempre conforme á los cánones papales;” „si cita de los libros rabínicos un hecho favorable á la Vulgata ó al dogma romano, lo haga de manera que nadie conciba la menor simpatía por los rabinos.” En la facultad de teología la historia eclesiástica brilla por su ausencia. El estudio de las matemáticas está casi descuidado, las ciencias naturales no existen habiéndose atendido hasta última hora á las añejas teorías de Aristóteles sobre la física. Si algún jesuita se ha distinguido por sus conocimientos científicos, lo debe á haberlos adquirido

antes de su ingreso en la Orden y á su afición particular.

En cambio la pedagogía jesuítica, siempre ha mostrado afán por exhibir á la admiración del público la brillantez de sus alumnos, haciéndolos pronunciar discursos, recitar trozos de poetas y clásicos y organizando representaciones teatrales: „De esta manera—dicen—la juventud pierde aquella timidez que con frecuencia paraliza á los hombres, hasta hacerlos incapaces de preferir una sílaba delante del mundo ó de un grande de la tierra.„ El ilustre Goethe, que asistió en 1786 á una representación teatral dada por alumnos jesuitas, nos dice lo siguiente: „Los alumnos no fueron más torpes que en una cuadrilla de cómicos debutantes, vestían trajes elegantes y demasiado ricos. Aquella representación teatral, dióme una nueva prueba de la habilidad de los jesuitas. No descuidan nada de lo que pueda producir efecto, á lo que se aplican con amor y atención..... Así como esta congregación religiosa tiene en su gremio músicos, escultores y doradores, así cuenta también entre sus miembros algunos individuos que se ocupan, con conocimiento de causa y con predilección, en las cosas del teatro; y de la misma manera que sus templos se distinguen por una pompa que agrada, así también han halagado por medio de un espectáculo conveniente el gusto de la sociedad mundana por los goces sensuales.„

Las reformas introducidas últimamente en su plan de estudios, no han cambiado en nada el carácter de su *Ratio studiorum*. Así se desprende de una carta escrita por el general de la Orden en 1864 al ministro de Cultos de Austria, en la cual designa la *Ratio* como la regla inmutable que deben seguir, y que siguen efectivamente, sin admitir enmienda alguna, si no es en puntos de detalle, para conformarse algo á las exigencias del tiempo.

La imperfección de su decantado plan de estudios, salta á primera vista. Tan cierto es esto, que de la misma Orden se han levantado voces para lamentarlo. El profesor Pontano trazó ya en el siglo XVI un cuadro poco halagüeño del estado de enseñanza, pidiendo en vano una reforma. Entre otras cosas, se queja de la superficialidad de los estudios, de la avaricia que preside á la compra de libros y de la desigualdad en la disciplina y en los castigos. Aun después de mejorado el plan de estudios, el padre Mariana echa de ménos buenos predicadores y profesores y teólogos. „Si se tuviera en cuenta—dice—el mal que de esto resulta, se nos expulsaría ciertamente de las escuelas por un decreto pú-

blico.„ Según el *Diario de Viaje* del jesuita Streicher, redactado en el siglo pasado, „el rector del colegio de Sevilla no sabía una palabra de latín, y los profesores de elocuencia y retórica, balbuceaban apenas esta lengua. Es probable que algunos no comprenden la misa, es cierto que no comprenden el breviario.„ Añade que tratándose un día del dramaturgo Plauto, preguntó con extrañeza un profesor jesuita, quién era ese teólogo.

Cuando Thiers atacó en 1846 la pedagogía jesuítica, la escuela ultramontana hizo oír la voz de cien alumnos para defender á sus maestros. ¿Y qué confianza puede merecernos una escuela que aun en el último quinto de nuestro siglo defiende la Inquisición y la soberanía universal del Papa? Oigamos también á uno de sus alumnos, el conde Francisco Deim. Después de demostrar, fundado en sus propias experiencias, la incapacidad de los profesores, la insuficiencia de sus explicaciones reducidas á preguntas sobre los nombres y nunca sobre las cosas, censura Deim el carácter mecánico y el número exagerado de los ejercicios de piedad, la exquisita vigilancia que se ejerce para ahogar todo germen de desarrollo individual, así como todo movimiento de reciproca confianza entre los alumnos, el uso humillante de los castigos corporales, que están á la orden del día en los colegios jesuitas, su estudio en fomentar el espíritu de denuncia y espionaje, la censura de las cartas que se expiden y reciben, mediante la cual se reemplaza la expresión natural de ideas y sentimientos por frases piadosamente hipócritas y giros rebuscados, y se suprime toda carta que contenga la menor queja contra la Sociedad. „Son precisos—dice Deim—muchos años de acertada dirección, para elevar á un alumno de los jesuitas al nivel de sus colegas de estudio de la misma edad. En condiciones menos desfavorables llevará una vida inofensiva, inútil para el mismo y para la humanidad. Con más frecuencia permanecerá siendo tal, cual lo han formado sus maestros, un espíritu limitado, sin desarrollar, incapaz de pasarse sin la paternal dirección del Jesuitismo.„

El Jesuitismo opone á todos los detractores de su método de enseñanza la serie de grandes hombres salidos de sus aulas, entre ellos Bosquet, Descartes, Voltaire, etc. Falta todavía demostrar, que estos y otros nombres, deban su brillo á la educación jesuítica; lo contrario, dada la índole de sus escritos, se demuestra por sí solo. Dotados por la naturaleza de tan raras facultades, esos genios hubieran brillado sin

aquella educación, mejor diríamos, han brillado apesar de ella. En cambio nadie podrá contar el número de idiotas, cuyo desarrollo individual ha sido paralizado y anulado por la pedagogia jesuítica.

Concluyamos deduciendo la consecuencia á que nos llevan estos apuntes. La pedagogia jesuítica no desdice de su nombre, es esencialmente jesuítica, esto es, mezquina en el fondo, falaz en la apariencia, y más falaz aún por la intención, que no es otra que cortar los vuelos del pensamiento y de la fé individual en sus escolares, fomentar la ignorancia en el pueblo y retener á todos bajo la férula de la indiscutible autoridad papal.

Los terremotos.

8 Alhama.

Por la plaza que estaba llena de tiendas y chozas, donde se albergaba gran parte de los habitantes de Alhama, albergue por cierto bastante húmedo en aquellos fuertes aguaceros, cruzamos para encontrar por fin la posada de San Francisco, á las diez y media de la noche. El posadero, Salvador Martín, nos recibió con grande alegría, tanto más cuanto que ya habia perdido la esperanza de vernos por aquella noche: y cuando su criado le refirió el camino por donde habíamos pasado, no cesaba en sus exclamaciones declarando que era un verdadero milagro el que en aquellas circunstancias y combatidos por una tempestad tan recia hubiéramos salido ilesos. Más alegres que el posadero estábamos sin duda nosotros, cuando pudimos acercarnos á la lumbre y secar nuestros vestidos y mantas.

En circunstancias como estas es cuando se comprende toda la superioridad que el hogar de la aldea tiene sobre las modernas chimeneas y estufas, á pesar de todos los adelantos de la civilización. Nada más agradable que hacerse tostar lentamente por todos los lados por aquel fuego alegre, y luego protegiendo con la mano la cara, mirar el chisporroteo de las llamas y encender un cigarro con la punta de una astilla. Daba singular placer también el presenciar todos los preparativos que se hacían para prepararnos la cena, é inspeccionar con nuestros ojos todos los comestibles empleados en tan importante asunto, y consolarnos con la esperanza de que lo que estaba guisándose sobre el fuego, pronto estaría en nuestros estómagos exhaustos. Mas apenas se habia realizado esta esperanza, con gran satisfacción nuestra, cuando por el camino más corto subimos á la habitación superior, donde nos habian preparado las camas. Parte de la posada se habia venido abajo con el terremoto, lo que se conocia bastante en el estado deteriorado de lo que habia quedado en pie: también el cuarto cómodo aunque no muy seguro, en que nos albergamos, ostentaba una grieta profunda que partía de arriba hacia

abajo la pared que estaba enfrente de nuestras camas. Sin embargo, no reparamos mucho en eso, rendidos como estábamos de cansancio, y muy pronto estuvimos sumidos en profundo sueño.

Habia pasado ya la media noche, cuando despertamos sobresaltados; todas las camas se movían; era aquello como si estuviéramos encima de una plancha de hierro en continua vibración. Era un nuevo golpe del terremoto lo que nos habia despertado; y aunque duró solo uno ó dos segundos, fué, sin embargo, lo bastante fuerte para hacer sentir los sacudimientos ó vibraciones por espacio de algunos segundos. Nuestra situación no era nada agradable, teniendo á la vista, sobre todo, la pared que el terremoto primero habia partido. Ya era tarde para salir; así que nos encomendamos á nuestro Padre celestial y nos dormimos otra vez en paz, aunque otros dos sacudimientos nos despertaron á las cuatro y á las seis de la mañana. Sin embargo, cuando bajamos, supimos con gran contento nuestra que no habian ocurrido desgracias durante la noche. Nos saludaron las dos hijas de Salvador, las que con una tia suya gobernaban la casa, porque hacia poco tiempo que habian perdido á su madre; y pronto entró él mismo para anunciarnos que ya habia contratado las caballerías para nuestra excursión á Santa Cruz.

Y aquí me será permitido hacer un corto paréntesis. No comprendo en verdad, que en un pueblo que desde siglos se gloria tanto de su fé cristiana, se puedan dar á los niños nombres como Salvador, Jesús y otros; y quisiera que el sentimiento cristiano protestase con fuerza contra semejantes nombres. Dejaré aparte nombres tan absurdos como Encarnación, Concepción, Ramos, etc., etc., que no merecen siquiera una defensa. Pero ¿no se le ha ocurrido jamás á la iglesia romana, que tanta influencia ejerce sobre los nombres de los recién nacidos, que es una profanación manifiesta, inevitable, el dar el nombre de nuestro Redentor á los muchachos, para que luego se escuche en las calles la voz de una muger que grita: "¡Ven aquí, Jesús, que te voy á dar una paliza!", ó "¡qué travieso es Salvador!", A mi siempre me produce un estremecimiento el oír estos nombres, y evito pronunciarlos, por más que los hombres que los llevan, no tengan culpa alguna. Ni creo que se abolirá esta costumbre hasta que el sentimiento cristiano del pueblo llegue á un nivel más elevado. Conviene por lo tanto influir siempre en este sentido en las conversaciones con el pueblo, y llamar la atención de los sacerdotes sobre esta profanación, que aunque por lo antiguo de la costumbre no la sienten, no por eso existe menos real y verdaderamente.

La mañana fué empleada en visitar todos los sitios de Alhama y de sus contornos que habian sufrido á consecuencia del terremoto. No hubiera podido desear un guía mejor que mi buen pintor D. Carlos, que habiendo vivido todo el verano pasado en Alhama, y habiendo vuelto inmediatamente despues del terremoto, conocia el terreno palmo á palmo y nos guió por todas partes. Subimos, pues, á lo alto del pueblo para descender luego á los valles profundos por las rocas escarpadas que llaman tajos.

Solamente conociendo la situación de Alhama es posible formarse una idea de los horrores que el terremoto causó en aquella terrible noche. Está la ciudad, ó más bien estaba, porque ahora yace en ruinas, en la cumbre de un collado, que baja gradualmente al valle del río Alhama, y que tiene en sus dos costados precipicios profundos, formados por altísimas rocas. Aspecto más grandioso que estas masas gigantes perpendiculares de rocas, entre las que el río Alhama se precipita, no se puede imaginar. Todos los lugares escenas de desastres que hasta ahora habíamos visto, todos los montones de ruinas no habían podido darnos ni siquiera una idea de la violencia de los choques del terremoto, idea que aquí á primera vista se tenía.

La ciudad coronaba con sus iglesias y casas blancas aquel collado pintoresco. Los edificios se habían construido con atrevimiento hasta en las mismas márgenes de los abismos, en que se hundía la vista desde las ventanas y balcones perpendicularmente; desde allí miraban con orgullosa seguridad á los lejanos montes y valles, porque estaban fundados sobre la roca. Pero viene la noche de Navidad, sacude el terremoto los montes y los abismos, resuenan los valles, en los dos lados se separan rocas enormes y con las peñas caen las casas que estaban edificadas sobre ellas dando saltos tremendos hasta llegar al fondo del abismo. En la hendidura enorme que se abre en las montañas para dar paso al río, en aquel valle que por sus rocas altísimas, perpendiculares, que sin vegetación, desnudas y rígidas se elevan hasta el cielo, ofrece aun hoy un aspecto salvaje, grandioso, se produjo una revolución enorme. De acá y allá cayeron las peñas, llenaron por completo el lecho del río y formaron tres lagos unos tras otro, cuyo nivel se eleva muchos metros sobre los jardines, que en tiempos más felices adornaban las orillas del alegre río, lagos que en su extremo se derrumban en cascadas espléndidas, abriéndose camino al valle. Más abajo, en el barranco, se ven paredes aisladas, medias casas, chimeneas rotas al borde del peñasco altísimo, que miran á la profundidad del valle; rocas enormes se han hundido muchos metros dentro de la tierra; detrás de ellas se ve el escombros de las casas, que han arrastrado consigo á la perdición.

¡Qué fuerza incomprensible ha llevado estos pedazos de montañas á una distancia de treinta, sesenta, cien metros al abismo! Ahora comprendí lo que me contó el alcalde, á saber, que todos los habitantes en aquella noche de horrores, creían firmemente que había llegado el fin del mundo. El trueno subterráneo, el ruido espantoso de las peñas que se estrellaban unas contra otras, el hendirse los peñascos, la desaparición del suelo con las casas en el abismo, el llanto y los ayes de los infelices, de los cuales más de trescientos hallaron aquí su tumba, el choque de las casas que caían para no levantarse más con todas las personas que había dentro, el olor de azufre que se notaba en muchas partes, todos estos horrores, superiores á toda descripción, deben haber sido sobremanera espantosos. Cuanto más bajábamos el Tajo ó barranco, más grande era por momentos la impresión terrible que embargaba nuestra alma. Los mo-

linos que estaban en la parte más honda del valle han caído con sus muros y tejados, como cae de un soplo un castillo de naipes. Y los sufrimientos de los que se habían salvado, los trabajos realizados en los primeros días de desesperación para salvar lo que aún podía salvarse, la destrucción de las casas, la separación de familias que antes vivían felices, tantas heridas del alma, tantos dolores del cuerpo, ¿quién se atreve á pensar siquiera en una idea exacta de tamaños horrores? De 1900 casas, yacen en tierra más de 1200, y unas 400 han de demolerse cuanto antes, porque no se pueda pasar junto á ellas sin correr el peligro de que en una nueva sacudida le envuelvan á uno en su ruina.

Muchos de los que se salvaron, están cubiertos de heridas y contusiones graves que recibieron. De los 10,000 habitantes de la ciudad, más de 300 cadáveres se han sacado de los escombros; muchos de los que se sacaron vivos, murieron de sus heridas más tarde, muchísimos han sido lesionados más ó menos gravemente, de manera que se puede calcular en 900 el número de los que han sufrido directamente. Pero esto no ha sido lo peor. Lo peor ha sido, que indudablemente han perecido de hambre y de necesidad muchos debajo de los escombros cuando hubieran podido salvarse si el auxilio hubiera llegado mas pronto. En todas partes se sirven de los soldados para ayudar á los ciudadanos en las catástrofes y desgracias públicas; ¿por qué no se mandó enseguida un regimiento de ingenieros desde Granada á Alhama? Los pobres habitantes de Alhama han hecho lo que podían, y más de lo que podían esperar, para salvar á los infelices hermanos suyos que sufrían debajo de la tierra. Pero después de tantas emociones, de trabajos sobrehumanos, de sufrir hambre y sed por la carestía de alimentos, ¿qué milagro es, que por fin dejaran caer cansados los brazos y desearan de poder salvar más!

(Se continuará).

Una cuestion vital.

Con este título hallamos en *The Liberal Freemason*, de Boston, el siguiente artículo:

"Hace algun tiempo se suscitó en la prensa periódica y en algunos círculos masónicos una interesante discusión con motivo de un caso de disciplina ocurrido en una Logia de Toronto, en el que iba envuelta la cuestion de la creencia en Dios como un requisito exigido por las buenas leyes de la Masonería. No es necesario recordar aquí este caso particular; pero creo que el honor de nuestra grande y antigua Fraternidad exige que en estos dias en que la incredulidad toma grandes proporciones y en que algunos periódicos masónicos tratan de poner en claro esta piedra fundamental de la Masonería—la creencia en un Supremo Sér, saquemos esta cuestion de sus fuentes oficiales ó de lo establecido en las leyes masónicas acerca de un asunto de no difícil solución. Si no hubiese Dios en la Masonería, esto es, si la creencia en Dios no fuese la piedra fundamental sobre la cual la Masonería está á

fundada, indudablemente se hallaría esta en su decadencia y sus días estarían contados. Pero, hermanos, nosotros no hemos aún recorrido este plano inclinado. Pienso que si ahora presentase yo esta cuestión á más de setecientos representantes de Lógias en esta jurisdicción; "¿En quién téneis puesta vuestra confianza?"—vuestros corazones se apresurarian á contestar.—"En Dios." La Masonería no es impía ni anticristiana, ni sectaria. Abraza entre sus miembros á hombres de distintas religiones—Judíos, Mahometanos y Cristianos se encuentran dentro de su seno; pero ninguno que no reconozca la existencia de un Supremo Sér, que gobierna todas las cosas y á quien todas están sujetas. Para mis hermanos Hebreos es el Dios de Israel, para los Mahometanos, el Dios revelado en el gran libro abierto de los cielos—para los Cristianos, el Dios y Padre de nuestro Salvador Jesucristo.

Se ha dicho que "los Masones, siguiendo sus convicciones, borrarán de su ritual el nombre del Sér Supremo." Nada más distante de la verdad que semejante aserción. Eliminar el nombre de Dios de nuestro ritual sería dejarle vacío de sentido. Sí, hay en nuestro amplio redil sala para los hombres de todas las religiones: pero sus puertas están cerradas á los ateos, no hay para ellos habitación en nuestros patios.—(*Discurso del Gran Maestro Brodie, N. Y. 1885*)

BIBLIOGRAFÍA MASÓNICA ESPAÑOLA

PUBLICADA POR "LA LUZ," Y COPILADA POR EL
ILL. HERMANO C. CONTRERAS.

Almanaque Masónico, publicado por la Logia Pirámides. Cádiz, 1880.

Anuario de la Gran Logia Unida de Colon é Isla de Cuba, 1881-82. Habana, Imprenta de "La Idea.", Estrella 63. 1882.

Anuario de la Gran Logia Unida de Colon é Isla de Cuba, 1882-83. Habana, Imprenta de "La Idea.", Estrella 63. 1883.

Anuario de la Gran Logia Unida de Colon é Isla de Cuba, 1883-84. Habana, Imprenta de "La Idea.", Estrella 63. 1884.

Apuntes históricos de la Orden de Caballeros Francmasones de la lengua (ó nacion) Española. Barcelona. Imprenta de C. Miró Calle de Barará núm. 26. 1882.

Calendario Masónico, por Anibal, Cartagena. Imprenta de Nadal. Calle de la Marina Española, 34. 1878.

Calendario Masónico de España para 1884, publicado por la Logia Fraternidad Ibérica número 90. Madrid. Tipografía Hispano Americana. Atocha 68, bajo. 1883.

Cartilla y Liturgia para el primer grado según el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por el Gr.: Or.: de España. Madrid. Imprenta á cargo de Eduardo Viota. Pez 6. 1877.

Cartilla y Liturgia para el segundo grado según el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por el Gr.: Or.: de España. Madrid. Imprenta á cargo de Eduardo Viota. Pez 6. 1878.

Cartilla y Liturgia para el tercer grado según el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por el Gr.: Or.: de España. Madrid. Imprenta á cargo de Eduardo Viota. Pez 6. 1878.

Cartillas y Liturgias para los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro Mason, según el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por el Gr.: Or.: Nacional de España. Al Or.: de Mantúa. Año D.: L.: V.: L.: 5,847.

Código Masónico para los Off.: del Cir.: del Gr.: Or.: del Uruguay. Imprenta de Julian Peña, Calle del Olivar 22. 1872.

Cónclave Masónico de los Caballeros Templarios de Baltimore. Madrid. Imprenta de Julian Peña. Olivar 22. 1872.

Consultor del Mason. Colección de tratados sobre todas las materias de la Masonería, por Aurelio Almeida. Habana. Puente, Godoy y Compañía, editores. Industria 111. 1883. 2 volúmenes folio con grabados.

Constitución de la Franc-Masonería Española que trabaja al Rito Escocés Reformado ó sea el Francés bajo los auspicios de la Gran-Logia Española. Madrid 1871.

Constitución del Supremo Consejo. Gr.: Or.: de España. Madrid. Imprenta de Julian Peña. Olivar núm. 22. 1872.

Constitución del Gr.: Or.: Lusitano Unido Sup.: Cons.: de la Masonería Portuguesa. Madrid. Imprenta de Julian Peña. Olivar número 22. 1872.

Constitución del Rito Escocés Antiguo y Reformado del G.: Or.: Mexicano. Madrid. Imprenta de Julian Peña. Olivar núm. 22. 1873.

(CONTINUARÁ.)

ANUNCIOS

Gran depósito de Camas inglesas y del País y Máquinas para coser de todos los sistemas

Venta á plazos
mensal y semanal.

MAURICIO BING

3, CAMPANA, 3--SEVILLA.

Casarepresentada por SEBASTIAN MACHUCA

Al contado se hacen
rebajas sin competencia

HABER

Cuenta del primer semestre de 1885

Ayuntamiento de Madrid

Sevilla 30 de Junio de 1885.

El Administrador

Wellington, M. M.

La precedente cuenta fué aprobada por la Gran Comisión de Administración en sesión ordinaria del día de hoy.

Sevilla 10 de Julio de 1885.

El Presidente,

V. Santolino, M. M.